

Elixir estomacal

Por fin Von Braun me consiguió un «bunker» de verano para pasar mis vacaciones. Nada menos que en Miami Beach. He cruzado las aduanas disfrizado de viuda de Ironside. Un aduanero imbécil ha comentado:

—Debió ser el primer amor.

—Grosero.

Le he dicho yo y me ha salido un vozarrón de concentración de Nuremberg. El aduanero se ha quedado atónito y yo he pasado con la dignidad de una viuda.

El «bunker» es bastante mono y tiene la ventaja de que se comunica muy fácilmente con el local donde se celebra la convención demócrata. La he podido seguir de cerca. El primer día en que asistía me cruce con Wallace por un pasillo. Su silla de ruedas era bastante estilizada, pero la mía parece un paquebote y no dejaba pasar la suya.

—Arrímese más a la derecha.

—Yo voy por mi derecha.

—Y yo también —argumentaba él, que en el fondo es un demócrata—. Pero arrí-



mese un poco y así pasaremos los dos.

—Yo me arrimo lo que quiero.

Dos impertinentes guardaespaldas de Wallace han alzado mi silla de ruedas por los aires a pesar de mis protestas y mis pataleos. Cuando Wallace se alejaba entre risotadas yo le gritaba: «Farsante, demócrata, dominguero...».

—¡Es un dominguero! Aquí le quería ver yo, en una silla de ruedas desde mil novecientos cuarenta y cinco y sólo para disimular. ¡Dominguero!

Pero no insisto en las minucias de este lamentable incidente. En mis pupilas conservo el horror que me ha causado toda

la convención, por dentro y por fuera. Traté de tejer una red en la que cayera McGovern y que sirviera de trampolín para una candidatura Humphrey-Wallace. Me reuní incluso con Hubert Humphrey. Nada más entrar en mi «bunker» ya me cayó mal. Vino hacia mí, me palmeó la espalda sin ninguna consideración ni a mi edad ni a mi estado, y luego me tiró del bigote sin respetar las canas amarillas que allí crecen hirsutas.

DEMOCRATAS, COMUNISTAS, JUDIOS Y DEMÁS RALEA

—Adolfo, dichosos los ojos que te ven. Estás en buena forma.

—Le he llamado para tratar de salvar lo que insensatamente ustedes están perdiendo. El control de la convención.

—Eso está perdido.

—No si siguen mis instrucciones. Ante todo, hay que cargarse a McGovern.

—Traerán a Kennedy.

—Y después a Kennedy.

—Traerán a Paul Newman o a la Shirley McLaine. Está muy mal la cosa, guapísimo, que estás boyante, furor. Se dice así, ¿no? Ja, ja, ja.

—No se dice así, pero es igual. Además, no me explico cómo puede usted reír ante esa catástrofe.

Y entonces se me derrumbó. Se puso a llorar a moco tendido, colgante y batiendo, derrumbado sobre la silla de ruedas de repuesto que siempre tengo en el «living» de todos mis «bunkers».

—¡Ha sido una conspiración! Los comunistas, los «hippies», las mujeres liberales,

los homosexuales... ¡Todos con McGovern!

—Si las cosas han ido así es porque ustedes han dejado que degeneraran.

Pero con aquel llorón no se podía hacer nada, y he ordenado que lo apartaran de mi vista. He movido mis tentáculos en busca de un «killer» a sueldo que le diera un buen susto a McGovern.

—Con lo que piden por matar a un candidato vive usted dos siglos en un «bunker» con aire acondicionado.

—¡El vil metal! ¿No hay quien mate en este país por principios?

Consciente de la gravedad del momento histórico he decidido hacerlo yo. Pero la mala suerte se ha cruzado en mi camino. Iba yo por un pasillo camino de la sala donde McGovern peroraba cuando de nuevo me he topado con Wallace.

—¡No sabe usted conducir!

—¡Usted es un dominguero!

Le he tirado el claxon de mi silla y le he dado en la cabeza. Se ha puesto a gritar y ha venido la Policía. Nos han llevado a la Comisaría del distrito. Allí un guar-



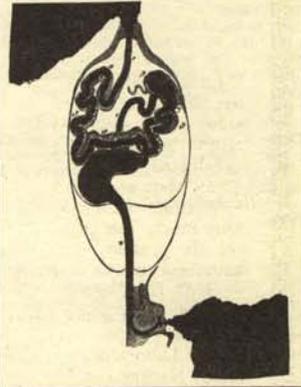
dia irlandés, imbécil y petulante, me ha preguntado que por qué llevaba yo un rifle de repetición con cinco cargadores de repuesto. Y he dado la cara, como un hombre. He dado mi nombre completo y he revelado mis intenciones.

Von Braun ha llegado en el momento oportuno, cuando ya me metían en la ambulancia, camino del frenopático. Amablemente me ha reprochado mi acceso de sinceridad, y yo le he pegado un bocado en una oreja, porque con alguien tenía que desahogarme.

Adolfo

NUEVA INDUSTRIA NACIONAL

¿Estaremos en situación de exportar miasmas en 1973? Todos los indicios parecen suponer que sí. El aumento bruto de humos y similares ha sufrido un espectacular incremento en el último bienio y el consumo por habitante-año parece que está llegando a la saturación. Una buena política exportadora parece ser que en estos momentos podría ser la solución idónea para desprendernos de los excedentes intoxicadores. Porque desaprovecharlos tirándolos a nuestros ríos empieza a ser una pena.



DESPIDO PROCEDENTE

La Magistratura de Trabajo ha declarado procedente el despido del matrimonio formado por el gallo Manolo y la gallina Justina, que venían consumiendo la píldora con grave detrimento de la producción industrial de la granja avícola demandante.

